

Garavaglia, J.C. *Pastores y labradores de Buenos Aires. Una historia agraria de la campaña bonaerense, 1700-1830*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1999. 385 páginas.

por Julio Djenderedjian

Construido durante el largo decurso de casi dos décadas, este libro es sobre todo síntesis de una forma de pensar la historia antes que un estudio puntual. Esa forma de pensar, alimentada por sólidas y variadas tradiciones, no hizo de ellas sin embargo un dogma; más aún, las sobrevuela ágilmente, a punto tal que, incluso para algunos que de las mismas se tienen por experimentados exégetas, esas tradiciones resultan aquí escandalosamente irreconocibles. En apariencia, por el muy libre uso de términos que se suele encapsular en compartimentos rígidos; en realidad, porque los mismos, como cualquier otro instrumento teórico, no son aquí más que un mero puente verbal para dar cuenta de una realidad siempre demasiado compleja. Esa complejidad, por su parte, responde a la mirada obsesivamente detallista con que se la ha estudiado; no es, por tanto, sujeto fácilmente reductible a esquemas preconcebidos, o éstos deberían ser distintos de aquellos que, de una forma u otra, fueron pensados para casos de estudio muy distintos. Éstos, y el que nos ocupa, están alejados por muchos motivos; el principal, sin embargo, es la radical diferencia en el acceso a los recursos, que trastoca todo lo demás. En efecto, se trata aquí de explicar la abundancia, mientras que fue la escasez el fantasma que deambulaba entre quienes elaboraron complejas teorías buscando desentrañar procesos y casos europeos; teorías que estaban sin embargo en boga para intentar comprender a todo el resto del mundo cuando las bases de esta larga investigación aún se encontraban en ciernes. Todo ello es, a mi modo de ver, uno de sus muchos méritos; y no el menor, por haber roto con constricciones no sólo ideológicas a fin de liberar el análisis del pasado de estereotipos arraigados con singular dureza.

Hay, sin embargo, una excepción notable a ese desdén por las formas y los límites de la teoría: se trata del uso de la interpretación turneriana de la frontera, que como es sabido encuentra en esas áreas de contacto, de recursos mostrencos y rústica libertad, un factor fundamental para modelar sociedades. No es ello nada que pueda sorprender, en tanto y en cuanto esa interpretación sí se ajusta notablemente a las características del caso; pero lo novedoso es el lugar estructural que se otorga a la misma, contaminando incluso las formas y no sólo los argumentos. Es así que a una descripción del medio muy bienvenida pero a la vez muy corta (apenas veinte páginas), que funciona un poco como parco homenaje a los esquemas interpretativos braudelianos, sigue un largo y detallado análisis de la población, y no simplemente de la demografía: las migraciones, las alternativas de la división por sexos o el uso de la partícula "don", se utilizan más para marcar el dinamismo agreste de esa sociedad de frontera que para consumir de ella un mero inventario humano. De un examen tan minucioso de los actores concretos que incluso culmina transcribiendo largos listados de sus nombres propios (manera no muy sutil de mostrar hasta qué punto la exigua dotación humana permite a su historiador alternar íntimamente con ella), pasamos al de la producción agrícola y ganadera; su imagen, construida aquí fundamentalmente mediante un exhaustivo estudio de los registros de diezmos, cambió como es sabido la de todo el mundo rural colonial. Los párrafos introductorios resumen no sólo las cuestiones metodológicas sino varios puntos importantes de las largas y animadas discusiones que esas novedades

generaron; son de ese modo una guía muy útil para quien se aventure a lidiar otra vez con esas fuentes y esos temas.

Lo mismo puede decirse del estudio de los lugares concretos donde la producción se llevaba a cabo. Replicando en forma ampliada la centralidad dada casi desde el inicio a los actores, los capítulos dedicados a los establecimientos productivos y a los productores concretos diseccionan las unidades en sus más íntimos detalles utilizando (por primera vez sistemáticamente) una impresionante cantidad de inventarios. Los resultados no sólo rompen con los antiguos estereotipos con los que se busca desde el inicio y explícitamente confrontar: además, diluyen en gran parte los límites que un uso al cabo displicente había consagrado para las denominaciones de cada uno de esos tipos de establecimientos. Estancias con ingente cantidad de medios de producción agrícola, chacras casi tan ricas como las estancias, quintas con sólidas inversiones en esclavos y medios de transporte: todo ello demolía con entusiasmo la equívoca certeza de los rótulos. Para peor, esa demolición se llevaba a cabo con un cúmulo de pruebas contundentes, ancladas en los minuciosos registros de despojos sobre cuyo reparto lidiaron en su día jueces, albaceas y herederos. No había entonces en esas cifras, al contrario que en las a veces discutibles de los remates de diezmos, nada que pudiera contradecirlas: y ello implicaba tener que explicar de nuevo toda esa economía, prescindiendo de su parte otrora más visible, los cueros de exportación, y pensándola de allí en más como un denso entramado de producción y de consumo, destinado mayormente a satisfacerse a sí mismo. Lo cual, dicho sea de paso, no dejaba de ser algo bastante lógico en el marco de un imperio colonial todavía marcado por apenas mitigadas aspiraciones de autarquía y monopolio.

Y es justamente en ese recorrido insistentemente destinado a exhibir resultados paradójales que puede leerse también la minuciosa descripción de los empresarios de la producción rural, en particular en los distintos estratos en los que se desgranaba su muy complejo universo. No sólo los mismos eran presentados como parte de un conjunto aún más diverso que el de los establecimientos productivos, sino que incluso dentro de los naturales conflictos aparejados a esa diversidad de actores podía de todos modos entreverse un equilibrio. Quizá resida allí una imagen del orden social algo confiada en que lo no dicho simplemente no existió; en realidad, lo que subtiende al análisis es nuevamente la imagen turneriana de una frontera donde los recursos, aun cuando apropiados por personajes concretos, siguen siendo de todos modos abundantes, y no ameritan por tanto entablar en torno a ellos una lucha demasiado encarnizada. Lo verdaderamente escaso allí era el trabajo; y era esa escasez la que mitigaba muy a menudo los conflictos, o por lo menos tendía a desalentarlos.

No es eso sin embargo todo lo que podría necesitarse para entender con claridad el panorama. La visión, siendo exhaustiva, justamente por ello no accede a agotar los perfiles de sus actores en meros retratos físicos. Un buen ejemplo al respecto es el estudio de la tecnología agraria: punto intermedio entre los capítulos dedicados a estancias, chacras y mercados, tiene además de su propio valor el mérito del trabajo pionero; resulta al menos llamativo que ese aspecto fundamental apenas si alguna vez hubiera sido encarado anteriormente. Forma en todo caso parte constitutiva del recorrido argumental principal: estudiar de manera integral todas las facetas de

cada producto era imprescindible para conocer cabalmente a quienes se involucraron en traerlo a luz, y no sólo al producto mismo. Es por eso paradójica la imagen algo estática que transmite el texto, y que se contrapone en parte a la misma prueba documental: la tecnología agraria cambió a lo largo del vasto período tratado, en particular en su tramo final; si lo hizo, es al cabo admisible que también cambiaron los actores, y no sólo los bienes producidos.

Y sin embargo de todo ello, es en la distribución de esos bienes donde se advierte mejor la importancia del libro. Recuperando lo más granado de una vasta experiencia anterior (recogida estudiando los caminos de la yerba mate o las complejidades de los tianguis mexicanos), los capítulos dedicados a la realización en el mercado son los más amplios y densos; son también los que más palpablemente dan cuenta de las muchas dimensiones espaciales y económicas en que puede leerse una localidad. Es decir: el poder dinamizador de un centro de consumo logra explicar mucho mejor que cualquier puerto exportador la atareada vida de una vasta comunidad rural; por primera vez sujetos privilegiados del análisis, la alegre vivacidad de los mercados, el mundo rico y transformador del intercambio, eran constituidos en clave interpretativa principal, y no sólo en un estadio más en el largo camino de la búsqueda de beneficios. Sin duda que el impulso de la demanda externa muestra insistentemente su efecto, en particular en los años que siguen a 1810; pero ello más bien resignifica el análisis, ya que esa demanda se superpone a la propia del ámbito urbano, y genera con ella una sinergia que no excluye momentos de rivalidad, pero tampoco de complementación.

De todo lo dicho se desprende que la atención a los actores concretos, construida pacientemente sobre la más variada e ingente cantidad de testimonios, se traslada más allá de ellos mismos: es decir, permea todo el análisis, incluso el de las organizaciones. Los actores son siempre en efecto el centro de la trama; las instituciones brillan por su ausencia. No sólo las que por entonces conformaban algo parecido al estado; también todas o casi todas las otras. En el último capítulo apenas se las introduce de improviso: son las que, luego de 1810, amenazarán con el ominoso reclutamiento para la guerra a los peones que recorrían despreocupados la campaña, o las que comenzarán a interesarse por medir y tasar tierras sin dueños conocidos, o aun con ellos. Es singular que eso ocurra, cuando buena parte de la historiografía rural había otorgado al gobierno y sus remedos una cardinal importancia: no tanto con estudios sobre las sumarias alternativas de la administración local (un único cabildo, el de Luján; unos pocos alcaldes de hermandad y blandengues), sino sobre todo por el peso que suponía podían ejercer para modelar esa sociedad a su antojo. Los grandes subordinando a los pequeños, los ricos comprando a los pobres; imagen arquetípica de la necesidad a la vez que supuestamente única manera de lidiar con ella, los gauchos parecían liberarse de esa subordinación sólo para contrastar mejor los momentos en que la sufrían. Los estereotipos así generados no habían descendido a analizar qué grado de eficacia podía asegurarse a instituciones necesarias para que todo eso funcionase; no sólo las policíacas (aunque desde ya éstas formaban necesariamente parte fundamental del esquema), sino sobre todo las sociales, las asentadas reglas escritas y no escritas de un vasallaje tenido por feudal, aun cuando no lo fuera. Es obvio que Garavaglia reaccionó ante esa forma sesgada de ver la historia; no lo es tanto que en la deriva por él adoptada no quede en pie casi nada de esas instituciones

sumarias. Como si una feliz anarquía, o la mano invisible smithiana, se hubiera adueñado por completo de las cosas: es en ello que la interpretación turneriana alcanza aquí su más claro sesgo explicativo.

¿Es eso en realidad una falla? ¿Dejó de incluirse allí algo que de todos modos existía, y precisábamos conocer? Sin duda que debemos a esas sumarias instituciones y a sus esforzados representantes la impresionante cantidad de fuentes sobre las que se labraron esta investigación y este libro; sin ellos, nada de él estaría en nuestras manos. Sin dudas también que muchas de esas fuentes muestran una atención insistente sobre los problemas que aquejaban a ese despreocupado mundo rural, y que esa atención rara vez o nunca logró resultados capaces de modificarlos. Pero lo concreto es que el peso de las instituciones resulta perceptible, no tanto en la presencia concreta de sus esbirros, sino sobre todo en el de los valores y límites compartidos. El duro contraste entre la escasa proporción de nacimientos ilegítimos antes de 1810, y su proliferación luego de esa fecha; o la obediencia que todos los involucrados prestaban a las normas de una legalidad esclavista, y la rápida apropiación, por parte de quienes debían sufrirla, de los resguardos que la misma les garantizaba, son una muestra cabal del peso de esas instituciones inasibles. Los fuertes cambios acaecidos luego de la independencia no pueden así atribuirse a su improbable generación espontánea; como tampoco, dicho sea de paso, es lógico que aquellos cambios sólo dependieran de ellas.

Esa desatención entonces no se justifica; en particular por el impacto que tuvieron algunas decisiones puramente institucionales sobre el mundo rural. La más conocida de ellas es la apertura comercial de 1809, que demolió en poco tiempo tres siglos de convivencia más o menos armónica entre monopolio legal y comercio directo; y que, sobre todo, significó que el horizonte de destino de la producción rural abarcara a partir de entonces una dimensión ultramarina capaz de remodelarlo integralmente aun hasta la actualidad. El centro de gravedad de este libro, pautado por los procesos anteriores a 1810 y por el peso de la interpretación turneriana, adolece así de una proyección convincente sobre lo que habría de suceder desde entonces: y no es extraño que muchos de los estudios que vinieron después hayan en parte desmentido lo que sobre esa entonces incierta posteridad se había en él esbozado.

No es sin duda ese límite el único que en este libro podría encontrarse, pero es el más llamativo; sería de todos modos lamentable que nos escatimara parte de su valor. Entre muchas otras cosas porque, en el marco de la larga renovación historiográfica que cambió para siempre nuestra percepción del mundo rural pampeano, contiene una inagotable acumulación de evidencia empírica, procesada y presentada de modo de dar cuenta desde todos sus ángulos de aspectos tenidos por esenciales; aún hoy me es frecuente consultarlo para recordar cuánto pan puede obtenerse de una fanega de trigo, o qué relación existía entre los precios de las vacas de cría y los bueyes. Dudo que alguna vez pueda agradecer suficientemente tamaña generosidad: me ha ahorrado días enteros de trabajo. Pero lo más importante es que, sin este libro y sin los muchos trabajos con que su autor lo precedió o continuó, me hubiera costado enorme esfuerzo lograr entender ese distante mundo rural al que he dedicado parte de mis afanes de historiador; más aún, quizá no hubiera llegado a advertir toda su fascinante diversidad, su claro dinamismo

emprendedor. Y, desde ya, quizá tampoco contaría con un repertorio útil de técnicas y estrategias necesarias para abordarlo; dar con ellas, o crearlas, me hubiera sido muy difícil sin su guía. Pocas cosas son más admirables en trabajos devenidos canónicos, como es el caso del que aquí nos ocupa: sus amplias cualidades para allanar el camino de quienes vendrán después, y de hacerlo sin reparar en gastos.